

Isaías 12

Isaías 12:1-6 Sermón de El Paso, adaptado y usado 5 de agosto de 2001

En aquel día dirás: «Cantaré a ti, Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó y me has consolado. He aquí, Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación para mí».

Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación.

Y diréis en aquel día: «Cantad a Jehová, aclamad su nombre, haced célebres en los pueblos sus obras, recordad que su nombre es engrandecido.

Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra.

Regocíjate y canta, moradora de Sión; porque grande es en medio de ti el Santo de Israel».

Este hermoso salmo del libro de Isaías es pura alabanza. Qué apropiado es que el pueblo redimido de Dios aclame y alabe a su Redentor. Será el gozo del pueblo de Dios en toda la eternidad cantar las alabanzas de su Dios y Salvador. Pero el cántico no tiene por qué esperar para entonces. La alabanza y el regocijo pueden llenar nuestros corazones y nuestras bocas aun ahora.

Meditemos en base a nuestro texto esta mañana, entonces, en el tema: La iglesia celebra a su Redentor. Veremos primero las causas de su regocijo, y segundo, las maneras en las que la iglesia celebra a su Redentor.

Primero vemos por qué la iglesia celebra a su Redentor, las causas de nuestro gozo. La primera razón nos podría parecer algo raro a primera vista. Dice el profeta que cantamos a Jehová porque él se enojó contra nosotros. Nuestra Biblia en castellano, y la mayoría de las traducciones, lo suaviza un poco, traduciendo: “aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó y me has consolado”. Pero realmente dijo el profeta que la iglesia iba a cantar porque Jehová se había enojado contra ella. ¿Cómo? ¿No será más natural una reacción como la que la esposa de Job le recomendó: “Maldice a Dios y muere”? No será la ira de Dios más bien motivo de lamentación que de cantar?

Seguramente si esto fuera todavía nuestra situación no hallaríamos allí ningún motivo de cantar alabanzas a Dios. Sin embargo, aquel a quien cantamos es Jehová, el Dios fiel y salvador. Si cantamos a él porque se enojó contra nosotros, eso

será sólo porque su propósito en manifestar su ira contra nosotros era rescatarnos de la ira y la condenación. El propósito de Dios es la salvación de su pueblo. La esclavitud en Egipto no había tenido otro propósito sino prepararlo para su liberación. El cautiverio de los Hijos de Israel en Babilonia serviría para purificar un remanente fiel de su pueblo que serviría al Señor y esperaría la salvación del Mesías prometido.

Así cuando Dios ha manifestado su ira a nosotros, sea por medio de las palabras de condenación en su ley por nuestras obras y pensamientos malos, o, cuando no hemos prestado atención a ella, por medio de desastres que han entrado en nuestra vida, Dios tuvo un solo propósito, el de llevarnos al arrepentimiento y a la salvación. Y el que ha visto que la ley le preparó para el evangelio, que algún desastre abrió al fin el corazón duro para recibir al Salvador, cantará las gracias a su Dios aún por las manifestaciones de su desagrado y de su ira que le frenaron de seguir su mal camino hacia la condenación.

El que puede cantar alabanzas a Dios aún por su ira, entonces, es aquel que se ha arrepentido y ha encontrado que en Cristo su indignación se apartó, y que Dios le ha reconfortado y consolado. ¿Cómo es consolado el pueblo de Dios que ahora canta sus alabanzas? Su pecado había motivado que la ira de Dios se encendiera contra él. ¿Sería, entonces, que dejando de pecar hicieran lo necesario para pagar su culpa y así aplacar la ira de Dios? No. Esta consolación viene de Dios. Él la origina y la completa. Es el gran Dios Jah, Jehová, el Salvador Jesucristo, que vino a la tierra para tomar toda la culpa de nuestros pecados sobre él mismo y que sufrió en nuestro lugar toda la ira de Dios en contra de nuestros pecados, y así aplacó la ira de Dios contra nosotros. Dios mismo, en la persona de Jesucristo, con su muerte en la cruz, apartó la ira de Dios que estaba en contra de nosotros, y así nos consuela. Notamos que Isaías no dice nada de sí mismo ni de las cosas buenas que hayan hecho los israelitas, sino sólo canta: “He aquí, Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es Jah, Jehová, quien ha sido salvación para mí”.

Aquí está el gran motivo y el contenido exaltado de nuestra canción. Dios es mi salvación, o para expresarlo en términos más sencillos, Dios es mi Salvador. Esto es lo que dicen los niños cuando cantan: “Cristo me ama, bien lo sé”. Es lo que cantamos todos cuando exclamamos: “Por gracia sola yo soy salvo”. Después de conocer la ira y la condenación de Dios a causa de nuestros pecados, y después de recibir en Cristo la esperanza de que por su gracia la ira de Dios se ha apartado, ¿en dónde más vamos a buscar auxilio? ¿De qué más podemos cantar? Jah, Jehová es nuestra canción.

Sin embargo, cabe preguntar: ¿tenemos todos el derecho a cantar esta canción? A pesar de que la ira de Dios se ha apartado, y que hemos recibido el perdón, ¿tenemos todos el derecho a esperar la vida eterna en el cielo? ¿Alcanza hasta a mí la gracia de Dios?

El profeta nos indica claramente que sí con una hermosa ilustración. “Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación”. Si alguien toma agua de un pozo, eso no crea ningún hueco. Se puede bajar repetidamente la tina en el pozo en el mismo lugar, y se llenará. Sin embargo, alguien podría objetar, los pozos a veces se secan si se saca demasiado, y ya no se puede sacar más. Quizás sea así con la gracia de Dios, que se puede agotar y, que tal vez he pecado tanto que no puedo ya estar seguro de encontrar todavía para mí la salvación y el perdón. Entonces notemos que nuestro texto no habla de un pozo de la salvación, sino de las fuentes de la salvación. Una fuente siempre fluye, siempre se renueva. Con tanto que se saque, no se agota; siempre hay más para todos los que quieren sacar. De manera similar, no hay límite en la gracia de Cristo; no hay límite en su perdón ni en sus promesas. Entre más aprovechemos y utilicemos sus promesas, siempre hay más. ¿Quién no sacará con gozo, entonces, de las fuentes de salvación? De hecho, cuando Cristo con toda su gracia mora entre su pueblo con su palabra de gracia y los sacramentos, “grande es en medio de ti el Santo de Israel”. Él mismo mora en medio de nosotros como la fuente de salvación, siempre disponible, siempre fiel, siempre misericordioso. Seguramente tenemos grandes motivos para celebrar a nuestro Redentor.

Si alguien no se salva no es porque el perdón de Cristo tiene límite, sino porque con incredulidad no saca de esta fuente de salvación inagotable que es el perdón que Cristo ganó por el mundo entero en la cruz. ¡Qué triste que hay tantos que se quedan sin salvación, cuando las fuentes de la salvación están tan disponibles, cuando Cristo ofrece a cada cual perdón completo y una salvación segura.

Pero los que hemos recibido y creído la fiel promesa de salvación seguramente querremos también demostrar nuestra gratitud a Dios de una manera que le agrade a él. Nuestro texto también nos indica las maneras en que podemos celebrar nuestro Redentor.

El texto incluye palabras tales como Cantad, aclamad, haced célebres sus obras, Recordad, Cantad salmos, Sea sabido esto, Regocíjate y canta. Sin embargo, antes de considerar las implicancias de todas estas palabras, consideremos otra vez las palabras del versículo 2: “Dios es mi salvación; me aseguraré y no temeré”. La primera cosa que hacemos para celebrar a

nuestro Redentor es confiar en él, estar seguro en él. Consiste en tomar todo el consuelo que él nos ofrece. No hay cosa que más le agrade a Dios sino que tomemos cuantiosamente de las fuentes de la salvación. De este modo podemos estar siempre confiados; no tenemos ya que estar todo el tiempo preocupados y temblorosos por el temor.

Jesús ha redimido a todos los que estaban toda la vida sujetos a servidumbre por el temor a la muerte. Esta seguridad y confianza, o dicha de otra manera, la fe, es la base de todas las demás acciones de que habla nuestro texto. Sin fe es imposible agradar a Dios, y todas nuestras canciones serían vana palabrería. Pero el que tiene esta confianza en Cristo no puede contenerse. Salen de su boca canciones de alegría y proclama el nombre de Dios. En español se ha traducido “aclamad”, pero es la palabra que se usa por proclamar o predicar el evangelio. El que se ha saciado en las fuentes de la salvación con gozo y gratitud proclamará las buenas nuevas de salvación a otros. Llevará a otros consigo para tomar ellos también de la preciosa fuente de la sangre de Cristo que nos limpia de todo pecado. Quiere que el mundo entero conozca a su Salvador. Así mientras él en donde está canta de Cristo, también sostiene la obra misionera entre todos los pueblos. “Haced célebres en los pueblos sus obras”. Cuando Dios salvó a su pueblo, tenía en vista también su plan para salvar a toda la humanidad, todas las naciones y razas. Y el medio es la continua proclamación o predicación del evangelio. “Recordad que su nombre es engrandecido”. La predicación del evangelio hace conocida la obra de Cristo y la continua proclamación de la misma nos recuerda de su nombre salvador que es sobre todo nombre en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y que en este nombre exaltado de Jesús, y en ningún otro, hay salvación.

Así su pueblo canta las alabanzas al Redentor. “Cantad salmos a Jehová, porque ha hecho cosas magníficas; sea sabido esto por toda la tierra”. Cantamos, pero no de nosotros mismos. Nuestro versículo nos da el contenido de nuestra canción. Nuestro cántico alaba a Dios, sí, pero es al mismo tiempo una instrucción al pueblo. El contenido de las canciones es las obras espléndidas de Dios. Hay canciones que resaltan la persona del cantante y otras que dan énfasis a las obras de Dios. Quisiéramos enfatizar en nuestros cultos y devociones estas últimas. No es tan importante proclamar delante del mundo entero nuestro estado de ánimo, nuestras emociones, pero sí es de suma importancia proclamar las obras de Dios, para nosotros mismos y para los demás. Si examinan algunos de los grandes himnos de la Cuaresma y la Pascua, hallarán que tienen esta doble función del canto sagrado, la alabanza y la enseñanza.

Así cantemos, regocijémonos, no en nosotros ni en nuestros logros, sino en la gran redención de nuestro Dios Salvador, Jesucristo. Amén.